



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA : D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*El Dia de Difuntos*, por D.^a Angela Grassi.—*El Otoño* (poesía), por D. José Lamarque de Novoa.—*Símbolo y alegoría de las flores* (conclusion), por D. Vicente Cuenca.—*Un traje de glasé*, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilches.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin* núm. 867, bis.—*Grabado de Labores*, núm. 79.

REVISTA DE MODAS.



A podemos fijamente tender una mirada por el campo de la Moda y participar á nuestras lectoras sus decretos, los que han de regir en la estacion que va aproximándose despues de habernos dejado saborear todas las delicias del otoño, hermoso este año como pocos. El mes de Octubre, mes siempre agradable en Madrid, ha brillado esta vez por su buena temperatura y radiante sol, que nos ha bañado todos los dias con igual constancia, permitiendo á la Moda ostentar galas casi primaverales... Por fortuna, ni el bien ni el mal son eternos en la naturaleza, y ya la pálida sonrisa del otoño se esconde entre las primeras lágrimas del invierno! Todas nuestras elegantes hacen sus preparativos de invierno en esta época, y fieles cronistas volamos en su auxilio.

A pesar de cuanto se ha declamado contra el lujo de las damas, la Moda de invierno no brilla ciertamente por la sencillez, y el oro será el adorno que domine. La rica se dería ostentará ramos con perfiles de plata ó semillas de oro; las salidas de teatro se bordarán con oro, las cintas para adornos irán tejidas de seda y oro, y el oro, finalmente, se combinará con la pasamanería y con las flores para los sombreros y tocados de baile: en cambio, el azabache, cuyo reinado se creia eterno, se eclipsa poco á poco, y en breve no quedará de él ni la memoria.

En los sombreros se ha operado decididamente una completa reforma! El sombrero *fanchon* ha muerto, y los llamados á figurar este invierno tienen todos copa y ala, bien levantada en *diadema*, bien ondulada, á lo *Maria Stuard*. Para teatro, las nuevas creaciones serán en tul y blonda, con bieses de raso, bridas y echarpes de encaje, y grupos de plumas ó flores. Para paseo dominará, como siempre, el

severo sombrero de terciopelo liso ó royal en gris, malva y negro, adornados con flores y follaje de terciopelo con venas de oro. Estas flores de terciopelo serán la novedad de la estacion, y entre ellas las hojas de parra con el fruto de oro, son las que mas han llamado nuestra atencion. Tambien las flores con hojas bronceadas é insectos de metal, están destinadas á embellecer los sombreros este invierno, y el elegante tocado de nuestras damas: un peinado distinguido con algunas flores sueltas entre él y dos ó tres abejas ó moscas de diferentes luces, salpicadas, es lo que por el momento constituye un tocado de gusto con preferencia á las antiguas coronas.

Los sombreros redondos alternan para mañana con los citados antes de mas pretension, y como uno de tantos caprichos de la Moda, no podemos menos de citar uno de marcada originalidad. Consiste en un sombrero redondo de tafilete color Bismark, adornado de una concha de la misma piel por delante, y un sencillo lazo por detrás. ¿Os asustais, lectoras mias? No temais: aunque sólido es lindo, y la Moda ha tenido en cuenta vuestro reconocido gusto al disponer tan extraño invento. En fin, el invierno es la estacion esencial del sombrero, y cumplimos al informaros de todas las novedades que presenta en la actualidad, remitiéndoos además el figurin especial de ellos que se reparte con este número.

Ya en abrigos hemos anticipado varias noticias, y hoy añadiremos que los de este año han tomado proporciones mas majestuosas, bajando á cubrir mas de la mitad de la falda. Los abrigos ceñidos (polonesas), parecen recobrar tambien su perdido imperio, y de este modo tendremos el abrigo holgado para mañana y visitas de confianza, liecho en paño ó cachemir, complemento indispensable del traje corto, y el abrigo largo y ceñido para vestir siempre

de rara distinción, y que permite lucir toda la esbeltez de l talle. ¿Me preguntais en qué telas se harán estos abrigos? En failli, en paño de damas y en terciopelo. Los adornos serán mates: el raso y la piel de Greba, Marta ó Astrkan, guarneciéndolos alrededor, y en la manga y los bolsillos.

Los vestidos se hacen este año menos largos y, sobre todo, menos amplios que en los anteriores, lo cual es ya una moderación de buen gusto. ¿A qué conducian tantas varas de tela entre las que se *escondia* el cuerpo de la mujer? La distinción no necesita tanta esplendidez de tela, y los trajes actuales tienen la que conviene á la majestad, suprimiendo la innecesaria: los cuerpos que por el momento fijan la atención son los de escote cuadrado y manga perdida con el escote y la manga justa debajo de otro color, y muy adornados. Prefiérense como adorno los bieses y las hojas, y trenzas de raso del propio color del traje ó del escote.

En telas de lana ha venido este año un variado surtido en precios económicos. El traje de lana es el traje de la estación indispensable á todas las clases y todas las fortunas! La señora que cuenta con pocos medios podrá prescindir del raso, del grós-grain, y del brocatel, pero aun la mas acomodada no dejará de usar un traje de lana ajustado á los últimos decretos de la Moda, y que le servirá para recibir en casa, y salir á compras en las primeras horas de la mañana. Para este objeto están el Jaquard chiné, la cretona, la sarga, el paño de oro, el poplin, el moir inglés y el tafetan de lana, tela de excelente vista por su brillo y consistencia. En franelas han venido tambien dibujos de mucho gusto para abrigos de casa y de noche, los primeros en forma de paletot holgado, y los segundos en forma de *rotonda imperial*, hechura la mas distinguida y cómoda para este objeto. Tambien para estas prendas han venido felpas, muletones, astrakan de lana y otros tejidos de gran cuerpo, haciéndose siempre las mas preciadas en cachemir blanco, grana ó negro, con bordados de cordón de seda y oro.

La lencería, que siempre nos ha merecido un lugar pre-

ferente, la tenemos olvidada hace algunos números, y no es justo, porque ella da la verdadera idea del gusto esquisito de la mujer, siendo uno de los principales accesorios de su traje. En cuellos y puños de la mas alta novedad, hemos visto los embutidos de Cluny, y conchas y ramos bordados y aplicados encima de la holanda recortada, con guarnecidos de encaje. Las cofias de *fanchon*, ó semejantes en sus formas á los sombreros, se confeccionan con bullones y entredoses de Cluny ó Valenciennes, formando las bridas una rica barba de encaje, que suele sujetarse por detrás debajo del peinado, adornándolas lazadas de cinta y terciopelo: las enaguas, nesgadas del mismo modo que los vestidos, se enriquecen con tablas ó volante á lo Luis XV; y los peinadores, tambien de esta época, llevan un entredos alrededor, ó un jareton de tablitas verticales guarnecidos de encaje.

Por el momento en París el talma impermeable hace furor, y de seguro no tardará en salvar el Pirineo tomando entre nosotros carta de naturaleza! Esta prenda se lleva siempre consigo como medida de precaución, para lo cual hay diferentes sistemas para arrollarlos y ceñirlos con lindas correas, á las que sirve de complemento un puño de la misma piel. Esto permite llevar el abrigo impermeable con toda comodidad para utilizarle en cuanto la lluvia nos moleste. Esta invención no excluye por ahora el uso del paraguas entre las señoras, porque nuestros sombreros no cubren del todo la cabeza como los de los hombres, y además sus telas y adornos no pueden resistir la lluvia sin perderse; pero estas capas reservan en un todo el traje corto, pudiendo con ellas arros-tras la mas fuerte lluvia: si, como no dudamos, se generalizan, la industria, combinada con la Moda, producirá algun abrigo para nuestras cabezas, que destierre para siempre el incómodo paraguas, que rinde la delicada mano de una señora, amenazando con él los ojos de los transeuntes.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

EL DIA DE DIFUNTOS.

¿Habeis pensado alguna vez en el inefable consuelo que debe experimentar el triste á quien la muerte arrebató los objetos queridos de su alma, al recordar que hay un rincón de la tierra en donde descansan sus restos mortales, al saber que existe una lápida que guarda su nombre, un túmulo sobre el cual le es dado esparcir lágrimas y flores? ¡Ah! si la religion no nos mandase dar honrosa sepultura á los muertos, los impulsos de nuestro corazón y el presentimiento de la inmortalidad, que se halla esculpido en nuestras almas, nos obligarian á hacerlo.

Abrid por donde querais el libro de la historia, y hallareis en cada una de sus páginas, que en todos los siglos, en todos los países de la tierra, desde las tribus errantes y salvajes del Norte, hasta los civilizados hijos del Oriente, se han consagrado siempre piadosas honras fúnebres á los que han dejado de existir.

La primera señal de la existencia de un pueblo, son las tumbas.

¿Qué estímulo tendrían, de lo contrario, el virtuoso, el sábio, el guerrero, si no quedase ni una piedra que indicase á las generaciones futuras el lugar en donde yacen aquellos que ilustraron á su patria, ó llenaron los ámbitos del mundo con el estruendo de su gloria?

Las tumbas, al par que honran á los muertos, estimulan á los vivos para que imiten su noble ejemplo, y todo país en que se tribute un respetuoso culto á los difuntos, suele ser morigerado.

Así, ¡qué sensación tan tierna y tan profunda experimentamos al pensar en el puñado de polvo que defiende de la intemperie los despojos de Homero, de Alejandro, ó el que cubre los restos de los mártires y los santos!

Pero no merecen tan solo nuestro respeto las venerandas reliquias de los hombres célebres: todo cuerpo humano ha sido habitado por una partícula del Creador divino, ha sido animado por el soplo inmortal que no perece nunca, y esta sola consideración merece que no nos acerquemos á ninguna tumba sin murmurar una bendición y una plegaria.

Además, es tan grato para los corazones amantes decir: Aquí yacen mis abuelos, aquí reposan mis padres, aquí á mi lado, dormirán en paz mis hijos!

Dichosas las vírgenes británicas que dan sepultura á sus queridos difuntos en sus propios huertos, y allí sentadas á la sombra del árbol, que ellas mismas han plantado, pueden conversar con ellos y pedirles consuelo y fortaleza en los amargos trances de la vida...

Mi madre duerme sola en el sombrío cementerio, lejos, muy lejos de mí; y como no puedo renovar las secas flores que cubren su sepultura, como no puedo calentar el frío mármol con mis ardientes besos, ni mecer su eterno sueño con la armonía de mis preces, por esto suspiro siempre, por esto mis ojos, llenos de lágrimas, buscan sin cesar el cielo....

Hace muy pocos días me lamentaba de mi desgracia con un venerable sacerdote, que me ama con el tierno afecto con que un padre ama á su hija.

—En mi país, me dijo, hay una tradición que demuestra cuán grande es allí el respeto que se profesa á los difuntos, y esta es tal vez la causa de que sea el país probo y honrado por excelencia.

Ya sabe Vd. que he saludado la luz del día en Arséguel, pueblecillo de Cataluña, situado en un alto barranco en la margen izquierda del río Segre, y al pié de la majestuosa montaña de Cadi, primer picacho del bajo Pirineo. En aquel país privilegiado de la naturaleza, compite con la magnificencia del suelo la elevación de las almas, y no se sabe qué admirar más, si la variada belleza de los paisajes, que revelan por todas partes la mano del Artífice supremo, ó el noble espíritu de sus habitantes, en el cual se refleja su divina imagen.

A principios del siglo XII, mientras el Rey de Francia caía prisionero del Emperador Carlos V, en la célebre batalla de Pavía, el estruendo de las armas guerreras turbaba también los ecos apacibles de los escarpados Pirineos, y sus soledades se poblaban por todas partes de tropas francesas y españolas, que se perseguían entre sí con más carnizamiento que las fieras en sus bosques.

En aquel tiempo vivía en el delicioso pueblo de Arséguel una joven rica, y más que rica hermosa, y más que hermosa buena. Se llamaba Brígida.

Brígida amaba y era amada. Amaba al más apuesto al-

deano de los contornos, y ambos habían esperado con impaciencia que los árboles echasen sus primeros renuevos, porque era en el primer día del mes de Noviembre, que debían unir sus destinos como estaban unidas sus dos almas.

El padre de Brígida tenía por nombre Santos.

Así, pues, saludaron con trasportes de júbilo, primero la menuda grama, que iba rompiendo el seno de la tierra, luego la blanca flor de los almendros, que parecía cubrir estos árboles de nieve, y por último su gozo no tuvo límites cuando percibieron el perfume que esparce en torno la violeta modesta y ruburosa.

¡Es qué todas aquellas galas de la naturaleza traían en pos de sí las lúgubres tocas del invierno!

Brotaron las espigas de oro, cubriéronse los árboles de frutos, adornóse la vid con sus espléndidos racimos, y después frutos y hojas desaparecieron, apareciendo la tierra helada convertida en un brillante espejo.

Llegó el día de Todos los Santos.

Era un día magnífico en que el cielo azulado no ostentaba ni la más pequeña nube, en que el sol estendía por todas partes sus hermosos rayos, en que fuentes y cascadas murmuraban proclamando el mágico nombre del amor, que es alma y vida del universo.

Brígida y Casimiro, que así se llamaba el esposo, salían de la Iglesia cogidos del brazo y seguidos de sus padres y parientes.

Brígida tenía las mejillas encendidas como dos amapolas, y no se atrevía á levantar los ojos del suelo. Casimiro, por el contrario, miraba á todas partes, con ademán triunfante y orgulloso.

¡Ambos eran felices! Felicidad humana que un soplo de viento favorable amontona sobre nuestra cabeza, y que disipa otro leve soplo!...

Por la mañana los convidados á la boda, bailaban en un bosquecillo de castaños al són de la dulzaina y el tamboril, y por la tarde estaban reunidos en el presbiterio escuchando, yertos de terror, el fuego de arcabucería que repetían lúgubremente los ecos.

Franceses y españoles habían tenido un encuentro en un vallecito cercano, y á cada instante los habitantes de Arséguel temían ver entrar triunfantes á los primeros tallando y saqueando cuanto encontrasen al paco.

Y mientras hombres y mujeres permanecían agrupados en un ángulo de la estancia, el venerable cura Párroco leía en voz alta algunas oraciones pidiendo á Dios que libertase á sus feligreses de los horrores de la guerra.

Tal vez merced á sus ruegos, el estruendo del combate se fué amortiguando por grados, y cuando llegó la noche todo quedó envuelto en un sombrío silencio.

—¿Y adónde se ha efectuado el encuentro? preguntó el buen cura á uno de los soldados que acababan de regresar al pueblo.

—A media legua de aquí! respondió el soldado. El enemigo no ha tenido más tiempo que el de enterrar á los infelices que habían perecido, y luego se ha replegado á las alturas.

En aquel momento tocaron á las Animas.

—¡Oh, Dios mío! exclamó Brígida con voz congojosa, esos desdichados tal vez tengan madre, esposas é hijos que

no podrán rezar sobre su tumba ni esparcir sobre ella algunas flores.

Toda la noche estuvo triste y cabizbaja.

Pasado algun tiempo la buscaron y no la hallaron. Hallaron la ventana de su aposento abierta, y abierta la puerta de la leñera que daba al campo.

Encendiéronse antorchas, y á su luz pudieron verse las huellas de unas pisadas, que empezaban en el jardin y conducian hasta la salida del pueblo.

—Ha huido, dijo una vecina, esto es claro, ha huido.

—Tal vez con algun oficial francés! objetó otra.

—Ya me lo sospechaba yo, dijo una tercera.

Estas calumnias, que se iban robusteciendo cada vez mas, volvian loco de dolor á Casimiro, que gritó fuera de sí:

—Quien me ame que me siga, vamos á buscarla.

—Yo! dijo el buen cura.

—Yo! yo! exclamaron algunos jóvenes.

Y en pos de ellos siguieron todos los hombres del pueblo, que no querian pasar plaza de cobardes, y en pos de estos las mujeres en quienes la curiosidad suele hacer el oficio del heroismo.

Si las pisadas no hubieran sido bastantes á guiarles en sus pesquisas, lo hubieran hecho primero un giron del vestido de Brígida, que hallaron enredado en una zarza, y luego una gigantesca hoguera que se divisaba á lo lejos.

Pero cuál fué su sorpresa cuando llegaron á aquel sitio, y hallaron á la jóven esparciendo las flores que traia en el delantal sobre la tierra recientemente removida.

Al verse descubierta arrojó un grito y dejó caer las flores.

—Qué haces, niña? exclamó el cura.

—Niña, que susto nos has dado! dijeron sus ancianos padres corriendo á estrecharla entre sus brazos.

—¡Oh, murmuró Brígida confusa, yo no podia sopor-

tar la idea de que los infelices que descansan aquí lejos de los objetos queridos de su amor, no recibiesen el tributo de preces, de lágrimas y de flores en esta noche solemne.... Me acordaba de sus pobres madres, de sus tristes esposas privadas de ofrecerles este último homenaje.

He tenido miedo, mucho miedo de caer en manos del enemigo, de que me devorasen las fieras. Dios me ha salvado.... Las fieras han rugido en derredor de la hoguera sin atreverse á trasponer su círculo luminoso. Padres, Casimiro, perdon si os he causado alguna inquietud.

—Brígida! exclamó Casimiro enternecido, cayendo á las plantas de la jóven.

—Has hecho bien, muy bien! balbucearon sus ancianos padres, mientras el buen cura invocaba sobre su frente las bendiciones del cielo, y los aldeanos prorumpian en gritos de entusiasmo.

Brígida fué muy feliz, prosiguió el anciano narrador tras una breve pausa, Dios la recompensó por su tierna y caritativa obra.

Si fuera Vd. á mi pueblo, yo la enseñaría, no lejos de él, un pequeño valle formado por las vertientes de tres altísimos picachos, y en su centro un montecillo cubierto de flores y cipreses, á cuyo pié descuella una graciosa ermita,

El dia 2 de Noviembre de todos los años se celebra en esta ermita una solemne funcion de difuntos á la cual acuden los jóvenes de Arséguel, llevando ramilletes de flores, que esparcen por el suelo.

Aquel montecillo se llama el campo santo de los franceses, y en el zócalo de la cruz, que se eleva en su centro, se lee aun hoy el nombre de Brígida, que el mármol transmitirá de generacion en generacion hasta los mas remotos siglos.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EL OTOÑO.

A mi querido amigo el distinguido literato D. Federico de Sawa.

Ven, estacion de otoño sosegada,
Ven, que quiero aspirar tu brisa pura,
Y en plácida dulzura
Ver trocarse el dolor que me anonada.
¡Con cuánto afán en el ardiente estío,
Inquieto y anhelante,
Te recordaba del tranquilo rio
En la risueña orilla!
Allí vagando el pensamiento mio
Ya fijaba mi vista en la barquilla
Do en grata paz el pescador bogaba,
O ya del sol al trasponer el monte
Los últimos fulgores contemplaba.
¡Cuántas veces la noche silenciosa

Sorprendiome esperando tu venida;
Y cuántas, cuántas la arboleda umbrosa
Triste vagar me viera,
La esperanza al huir desvanecida
Que de admirarte el alma concibiera!

Ora ya siento de placer henchido,
En esta bella deliciosa tarde,
De mi Otoño querido
El áura mensajera,
A cuyo impulso temeroso y leve
Van las hojas del álamo cayendo
Lentas cual copos de brillante nieve.
Ya perdido su ardor el rey del día,
Velado por la bruma, al mar de Atlante
En su marcha incesante
Va descendiendo por el ancho espacio,
Y en fúlgidos colores
De brillante topacio,
De azul y oro, de carmín y gualda,
Tiñe las nubes que dejó á su espalda.

¡ Cuán hermosa estacion ! ¡ Ah ! yo la adoro
Como á Brama y á Siva el indio adora ,
Que ella presta á mi pecho, bienhechora,
De ardiente inspiracion rico tesoro.

Llega plácido Otoño... En esta hora
Apacible y serena,
En que siento la brisa halagadora
Que á anunciar tu llegada
Á mí se acerca en ámbares bañada,
Halagüeña impresion consoiadora
Conmueve el alma mia,
Que al influjo se entrega descuidada
De agradable y fugaz melancolía.—

¡ Oh ! cuán bellos se agolpan á mi mente
Mis pasados ensueños
De ventura, de amores y de gloria,
Que veloces huyeron con los años
De mi risueña edad, y desengaños
Me dejaron tan solo por memoria!
Lejos crecí del mundanal ruido,
Pero el mundo placeres me brindaba,
Placeres ¡ ay ! que yo desconocia
Y al mar del mundo me lancé atrevido.
Y canté su belleza, su armonía,
Canté mi amor y la mujer que amaba,
Y la gloria canté que ambicionaba,
Y fuí feliz un día....
Feliz, sí; que los céfiros suaves,
El tranquilo arroyuelo,
El melodioso canto de las aves,
Todo gloria y amores respondia
Á mi voz anhelante;
Y hasta el límpido azul del claro cielo
Aun mas azul entonces y mas puro
Mostrábase á mis ojos;
La plateada luna,
Que trémula brillaba en la laguna,
Su pálido esplendor, lánguidamente
Enviaba á mi frente,
Y el transparente rio
Con sus sonoras y apacibles ondas
Arrullaba á su paso el sueño mio.

Mas ¡ cuán breves pasaron los momentos
De ventura y placer ! Como las hojas
Del ábrego impelidas
Huyeron de mi vista, y las mentidas
Palabras de amor puro y bienandanza,
En humo se tornaron, y con ellas
Mis ensueños de gloria y mi esperanza.

¡ Oh, jamás en mi espíritu agitado
Os eleveis falaces ilusiones !....
Huid, huid, que quiero sosegado,
De mas puras y gratas emociones
Gozar en mi retiro...
Y tú, apacible Otoño, cuyas auras,
Vagando van en incesante giro
De flor en flor por la risueña márgen
Del Bétis caudaloso,
Acude á mis acentos presuroso,
Y ven á dar á mi dolor consuelo.
¡ Oh ! sí, llega, no tardes; que si airado
Del crudo invierno el aquilon furioso

Yerma dejase la campiña bella,
Sin árboles, sin vida,
Arrancándome al par mi dulce calma,
Siempre de tí, de mi estacion querida,
Grato recuerdo quedará en mi alma.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla.

SÍMBOLO Y ALEGORIA DE LAS FLORES (1).

IV.

La raíz del romero comun, cortada al través, no solo presentaba la imágen de una encina, sino que prédecia por sus señales cosas muy interesantes para quien sabe leer de corrido los geroglíficos. En la víspera de San Juan, cuando los habitantes del país de los espíritus están en el uso de sus funciones, el romero se hace aun mas y mas misterioso. A la caída de la noche su tallo se adorna de una pequeña flor azul, que desaparece al punto; y el grano maravilloso, madurando en un momento, cae de la planta á media noche. «El que tiene la receta del grano de helecho, puede andar sin ser visto.»

Es preciso recogerle con cuidado en una servilleta blanca en el momento en que cae, sin estrañarse de los gritos de las Sifides que rodean al temerario, como dice Aubrey que hacia en su tiempo cuando alguno intentaba la aventura. Estos pasajes son muy conocidos. Las obras del Dean Jackson, uno de los mas sábios teóricos del siglo XVII, presentan una curiosa relacion, casi desconocida, de esta antigua creencia.

Despues que entré en las Ordenes, escribo, tuve la dicha de preguntar á un ignorante (que sabia á ciencia cierta que se habia dejado arrastrar por un maestro de artes profanas para hacer una esperiencia peligrosa) de lo que habia visto y oido cuando espiaba la caída del grano de helecho á una hora tan desusada y siniestra. «¿Qué, me dijo (temiendo quizás que le fuera á obligar á prestar una declaracion formal), creéis que el diablo tenga alguna cosa que ver con este buen grano? No; está guardado por el rey de las Hadas, y yo sé que no me hará daño alguno, aunque quiera cogerlo de nuevo.» Sin embargo, habia completamente olvidado el nombre de este rey, con cuya complacencia contaba tanto; la lectura que yo habia hecho de *Huon de Burdeos* me puso en autos para contestarle.

Concluida la respuesta, principió á interrogarme en estos términos:

«Señor, vos sois un sábio y yo no. Decidme lo que el ángel dijo á Nuestra Señora, ó aquella conferencia que tuvo la Virgen con su prima Santa Isabel, concerniente al nacimiento de San Juan Bautista.»

Hubiérase dicho que su intencion era hacerme creer que sabia mucho mas que lo que dicen los libros, que tenia yo la costumbre de leer.

[1] Véanse los núms. 707, 710 y 711.

»Yo comprendí al punto el sentido de su enigma, y confesó que había acertado. El ángel predijo que Juan Bautista nacería en el instante mismo en que cayera el grano de helecho, invisible en otros momentos, dando á entender que este elegido de Dios tenía alguna virtud extraordinaria de la época ó de la *circunstancia* de su nacimiento.

El nombre de Rey de las Hadas, que hizo presente á Huon de Burdeos del cuerno encantado, cuyo sonido hacía correr las Hadas en socorro del caballero todas las veces que tuviera necesidad de ello, era Oberon, que Kephley ha demostrado era una semejanza de Elberich. Este fué aparentemente el nombre que puso Shakespeare en su producción, *El sueño de una noche de verano*, tomado de la pintoresca novela de Huon.

El serbal de los pájaros es menos célebre que el helecho. Estaba especialmente consagrado á las Sílfides ligeras, y las cruces hechas de su madera ó de sus hojas, sencillamente colgadas en las ventanas, impedían entrar en una casa á todas las malas criaturas. Lo mismo sucedía en los establos. En el Norte, antiguamente el árbol era llamado *Ayuda de Thor*, porque se inclinó para dejarse coger por este Dios, cuando, dirigiéndose á la tierra de los gigantes de las escarchas, tuvo que atravesar un río, que una hechicera había hecho salir de madre. Este hecho inspiró una gran veneración por este árbol á los habitantes del Norte. En Modrufell, sobre la costa septentrional de Islancia, se enseñaba siempre un gran serbal la víspera de Navidad cubierto de antorchas, que el viento no podía apagar.

Una de las Orcadas poseía un árbol mucho mas extraordinario, al que estaba unido la suerte de las islas, pues ellas debían pasar á dominio extranjero si se arrancaba una hoja.

La veneración por el serbal no estaba limitada al Norte escandinavo. Mas de un cementerio galo tenía un viejo serbal, que ocupaba el lugar de el tejo inglés, y las cruces de su madera eran solemnemente distribuidas en ciertas fiestas como un preservativo contra los malos espíritus. La belleza del árbol con sus grapas de flores blancas, en la primavera, y sus *bouquets* escarlatas en otoño, pueden explicar hasta cierto punto las maravillosas propiedades que se le atribuyen.

VICENTE CUENCA.

UN TRAJE DE GLASÉ.

I.

—Diana, ¿quieres que bajemos un momento al jardín? Te veo triste esta tarde, y no sé qué hacer para distraerte.

—¡Yo triste! te equivocas, aya mia, ¿y por qué había de estarlo?

—Eso es lo que yo me digo á mí misma, y sin embargo tus ojos están menos animados que otras veces, y tus labios menos risueños.

—Es que... las nubes, el viento, ¡qué sé yo! es lo cierto que estoy fastidiada y que de nada tengo gana.

—Lo ves.

—He probado á leer, y los libros me cansan: pienso en mis flores, en mis trajes, en mis adornos, y los hallo tan monótonos, tan sin atractivo.

—Hija mia, todos esos objetos hablan á la vanidad, al capricho, pero no tienen ningun eco en el corazón.

—¡Ah!

—En eso consiste que te fastidien hoy.

—Y si esos dones de mi buen padre, que son lo mas precioso que encierra el mundo, no me divierten ni me hacen feliz, entonces, aya mia, ¿qué podré hacer? ¿dónde hallaré atractivo y alegría?

La anciana quedó un instante pensativa sin saber qué responder.

Aquella niña tan dulce, tan buena, tan inocente, confiada á su cuidado desde el día que su padre, millonario y aristócrata inglés, pusiera el pié en la corte de España, estaba educada en unas costumbres tan diferentes á las suyas, y por otra parte su padre la infundía también ideas tan diversas, que D.^a Luz no se atrevía á esplayar con libertad el pensamiento que la dominaba en aquel instante.

Mas á pesar de esto, aquella anciana sentía en su alma un deseo tan irresistible de derramar en el alma de Diana todos los tesoros que encerraba en la suya, que se atrevió á murmurar.

—Existen goces que tú ignoras y que valen mas que los del orgullo y la ostentación.

—Sí, ¿y cuáles son?

—Los de hacer bien.

—¡Ah!

—Los de partir con otros los bienes que hemos recibido de Dios.

—Ya sabes, aya, que papá pertenece á varias asociaciones caritativas, y que en mi nombre reparte en ellas mil veces sumas considerables.

—No es eso sin embargo de lo que yo te quiero hablar.

—¿De qué es entonces?

—De aquellos dones que ofrecemos por nuestra propia mano, sin hacer ostentación de ello, sin que nadie lo entienda, sin buscar mas elogios que aquellos que nos da nuestra propia conciencia, y acompañándolos con una sonrisa, con una palabra cariñosa, que les prestan de este modo nuevo encanto, valor mas grande.

—Pero yo.....

—Si tú supieras, hija mia, qué dicha encierra el oír una bendición para nosotras en la boca de un desgraciado.

—Tienes razón, ¡eso debe ser hermoso! contestó la niña con melancolía.

—¿Quieres verlo tú?

—¿Y cómo?

—Escucha; yo, aunque poco, poseo algun dinero, del que tu padre me dá por dedicarte mi tiempo y mis cuidados. Además conozco una familia muy pobre, pero muy honrada, á quien vendrá perfectamente un pequeño socorro, ¿quieres renunciar por esta noche á la tertulia del Embajador, y venir conmigo á la pobre casa de mis protegidos?

—¿Y con qué objeto?

—Es muy sencillo: yo te puedo dar mi pequeño tesoro,

y tú puedes entregarlo á una de sus hijas como una dádiva de tu mano.

—¡Oh! eso no seria bien hecho, contestó la niña con rapidez.

—¿Y por qué?

—Porque seria una falsedad, y la mentira siempre es innoble y mala, dijo la niña con su voz dulce y reposada, obedeciendo al sentimiento recto y delicado de su alma.

—Pero....

—Escucha, querida aya, mejor es otra cosa.

—¿Cuál?

—Ayer mi padre me oyó celebrar un lindo traje que ví á mi amiga Sofía, y me dijo que hoy me acompañases á las tiendas á buscar uno en todo igual.

—Sigue.

—En este instante, voy á pedir á nuestro mayordomo el importe del vestido, y en vez de gastarlo en algunas varas de tela, lo invertiremos en darlo á esos desgraciados.

—¿Y renunciarás á tu traje?

—De muy buena gana, ¡tengo tantos!....

—Pues bien, accedo á tu deseo; vé, hija mia, y lleva adelante tu buen pensamiento.

La niña se alejó gozosa, con el precioso semblante animado de una dulcísima alegría, mientras D.^a Luz esclamaba al verla desaparecer:

—¡Dios vaya contigo, pobre ángel, y bendiga el primer paso que das en la senda del bien!

II.

En una humildísima y pobre habitacion de una de las mas retiradas y antiguas casas de Madrid, se hallaban reunidos alrededor de una mesita de labor, los individuos de la familia de D. Diego Alvarez de Mendoza, empleado cesante y cargado de hijos y de cuidados.

Su esposa, agoviada de penas mas que de años, está á su lado, entretenida en cruzar los puntos de una empezada calceta, única labor á la que puede dedicarse, supliendo el tacto con la vista que le falta, pues aquella mujer, á fuerza de pasar los dias y las noches dedicada á sus hijos y á mil trabajos distintos, está muy torpe y achacosa ya.

Luisa, su hija mayor que cuenta apenas diez y siete años, ilumina, ayudada por su hermana Adela algunos paisés de abanicos. La jóven sirve de maestra á la niña, que cuenta dos años menos que ella, y cuyo carácter vivo y turbulento es menos á propósito para un trabajo tan minucioso y pesado.

En el momento en que queremos presentarlos á nuestros lectores, D. Diego pregunta á su esposa con acento dulce y reposado:

—Sabes, Isabel, que ya tarda nuestro hijo y que empiezo á estar con cuidado.

—¡Bah! no le tengas; Miguel es muy querido de su principal y acaso le habrá detenido para alguna cosa, por lo demas, él es juicioso y bueno, y yo no creo...

—Ya no puede tardar, padre mio, murmuró Luisa alzando su linda cabeza y fijando en el anciano una dulce mirada.

Y al mismo tiempo decia muy bajito á su hermana mostrándole el trabajo que las ocupaba.

—Has equivocado los colores, Adela; esta flor debia ser color de rosa y lá has hecho amarilla.

—Tienes razon; pero bien pensado.... á flor se sale.

—No es lo mismo, sin embargo.

—¿Y ya qué le hemos de hacer?

—Ten cuidado para otra vez, y, sobre todo, procura despachar pronto, ya sabes que este trabajo corre prisa.

—En cuanto á eso....

—Creo que llaman, dijo D. Diego.

—Será Miguel, contestó la madre con viveza.

—Vé á abrir, Luisa, ya sabes que se fatiga de subir la escalera, y....

La jóven se levantó y salió de la habitacion, volviendo á pocos momentos acompañada de su hermano.

Cuando ambos penetraron en la estancia, Miguel se acercó á sus padres y se dejó caer en una silla con aire abatido y doliente.

Miguel era un jóven de diez y ocho años, de una figura bella y simpática, aunque la estremada palidez de su semblante y la espresion de su mirada apagada y lánguida le daban un aspecto enfermizo y débil.

Servia de amanuense á un antiguo y rico abogado que le tenia sujeto desde la mañana á la noche, dándole cuatro reales por aquellas horas interminables de un continuado y penoso trabajo. Pero aquella familia era tan pobre y contaba con tan escasos medios, que habian aceptado aquella ocupacion como un favor de la suerte á pesar del mezquino producto que les ofrecia.

Miguel entregaba todas las semanas á su buena madre aquella corta cantidad ganada con tal afan, y esto, unido al trabajo de sus dos hermanas, constituia todo el haber de la pobre familia.

El jóven, sin embargo, sufría mucho: aquella vida sedentaria y monotoná, aquel continuo trabajo habian gastado su salud, produciéndole una de esas terribles enfermedades ante las cuales la ciencia se humilla sin encontrar armas para combatir las.

Ni una palabra, ni una queja salian de los lábios de Miguel, pues sabia que su trabajo era necesario á sus padres, y aunque se sentia cada vez peor, sacrificaba su salud y su vida ante su santo y tierno amor filial.

D. Diego y sus hijas apenas notaban la decadencia física del jóven; pero la pobre madre veia con los ojos del alma los progresos de aquel mal, y pedia á Dios en silencio que aumentase sus padecimientos, pero que curase á su hijo.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.



LABORES.

Una sola presenta el grabado de hoy, tan útil como de buen efecto. Consiste en un lindo *porta-monedas* de boquilla hecho de *crochet* y *frivolité*. Principiase por hacer de *crochet* la rosa de realce que ocupa el centro, para lo cual se principia por una cadeneta de diez puntos, reuniéndose el último al primero.

1.^a *Vuelta*.—7 ps. s., 1 bar. en el segundo punto de la vuelta anterior, 4 ps. s., 1 bar. en el segundo punto siguiente, y se repite lo mismo hasta formar cinco calados.

2.^a—*1 p. d. en el primer calado, 5 bar., 1 p. d., 1 p. s. sobre la bar.,* y se repite lo mismo en cada uno de los calados siguientes.

3.^a—6 ps. s., 1 p. d. en la division de cada onda ó pétalo de la rosa.

4.^a—*1 p. d. en el primer calado, 3 bar., 1 bar. doble, 3 bar., 1 p. d.,* y se repite lo mismo en cada uno de los siguientes.

5.^a—8 ps. s., 1 p. d. en la division de cada onda.

6.^a—*1 p. d., 3 bar., 4 bar. ds., 3 bar., 1 p. d.,* y se repite lo mismo en los otros calados.

7.^a—10 ps. s., 1 p. d. en cada division de las ondas.

8.^a—*1 p. d., 3 bar., 3 bar. ds., 3 bar. triples, 3 bar. ds., 3 bar., 1 p. d.,* y se repite en cada uno de los siguientes.

Esta vuelta deja concluida la rosa: ya sabrán mis lectoras que las barras son dobles ó triples echando una vez mas la hebra sobre la aguja, y sacando una vez mas el punto. El resto del *porta-monedas* es de *frivolité*, para lo cual se hacen festones con piquitos, teniendo que utilizar para ellos el alfiler en la sortija, alrededor del cual pasa la hebra para formar la presillita: despues de coser los dos festones encontrados, como marca el dibujo alrededor de la rosa, se hace la última vuelta de hojas y festones del modo siguiente:

Una concha de 12 ps. que se cierra hasta unir sus extremos. Una concha de 20 ps. que se cierra lo mismo, y otra de 12 que se aprieta del mismo modo, formando las tres una hoja triple: despues se hace una concha ú onda de 30 ps. con presillitas, y queda terminado el bolsillo, cosiendo las hojas á la vuelta anterior de *frivolité*.

Se necesitan dos estrellas semejantes á la esplicada que muestra el grabado en el núm. 1, uniéndolas alrededor, despues de haberlas forrado de raso: completa el bolsillo una boquilla de acero con su cadenita, y un fleco hecho con mostacilla de acero en toda la parte inferior.

Los colores para esta labor pueden elegirse á voluntad, pero yo la aconsejaria hecha en torzal, color de maiz, con el forro de raso azul Napoleon, ó color de fuego.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin de Sombreros, núm. 867, bis.

NUM. 1. Sombrero de terciopelo imperial, de forma nueva y copa plegada á los costados: el ala va cubierta por una blonda con cordon de seda á la pegadura, y guarnecido el sombrero alrededor por fleco de bellotas de cristal. Grupo de rosas y bridas de raso.

NUM. 2. Sombrero de terciopelo de copa cerrada y ala levantada, con pequeño bandó debajo: una barba de encaje rodea la copa, y se anuda por detrás, descendiendo las puntas flotantes, con grupo de rosas en el nudo, y otro por delante. Bridas de raso.

NUM. 3. Sombrero de terciopelo universal, de forma chata y ala levantada con bandó: una pluma blanca rizada adorna la copa por delante, y una barba de encaje por detrás, bajando las puntas á formar las bridas.

NUM. 4. Sombrero de terciopelo negro, forma *María Stuard*. El ala que avanza en punta, se levanta muy marcadamente de los costados, y va su borde, y todo el del sombrero, orillado de un grueso cordon de plata: este sombrero lleva por detrás una blonda que figura bavolet, y baja á formar las bridas. Un pájaro de gran plumaje va colocado en el centro, y cubre toda la parte superior.

NUM. 5. *Prendido* para baile (estilo del primer Imperio). Este sencillo *prendido* se compone de un ancho biés

de terciopelo, formando bandó orillado de un pequeño encaje blanco, que va á terminar en lazadas y caidas bajo el peinado: una guirnalda de hojas de terciopelo Bismark va colocada encima completando el *prendido*.

NUM. 6. *Prendido* para teatro, compuesto de dos encajes unidos por el pié sobre una cinta, que van á unirse por detrás descendiendo por la espalda: lazadas de cinta le adornan por delante, y lazos mayores van colocados en la parte superior sobre el peinado.

ADVERTENCIAS.

A este número acompaña la lámina doble de *Abrigos*, cuya esplicacion dimos en el número anterior, y que se reparte de regalo á las señoras suscriptoras de año y medio año.

Las señoras suscriptoras de año y medio año, pertenecientes á la segunda y tercera seccion, á quienes falta un figurin, lo recibirán tan pronto como llegue de París, adonde se ha reclamado con la mayor premura.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



Legastelous, imp. Paris

Ad. Goubaud Ed. à Paris.

867 bis

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu 92

Chapeaux de M^{me} Alexandrine 2^{me} Meyerbeer (Ch. d'Antin)

Bonnets-Coiffures de M^{me} Brémont à la Couronne Impériale, N. des P. Champs, 76.

Dentelles de Violard frères, r. de Choiseul, 3 - Rubans et Passementerie Ala Ville de Lyon, Ch. d'Antin, 6.

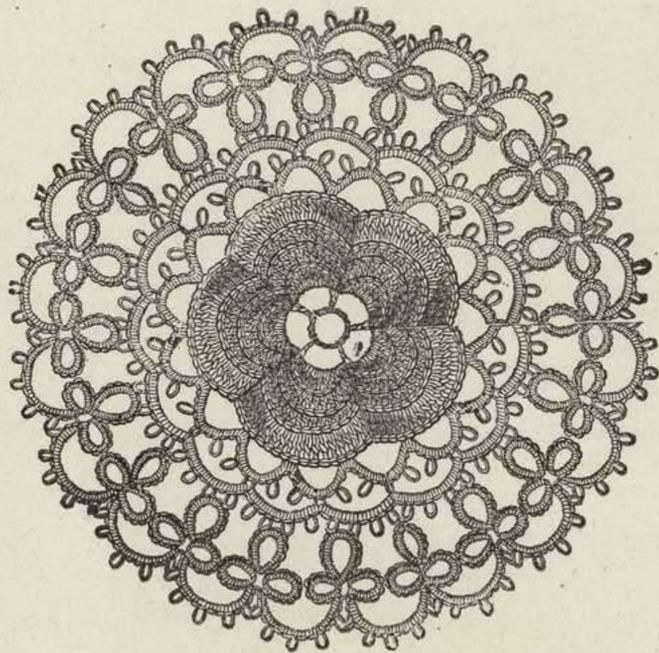
Entered at Stationer's Hall

LONDON, F. Weldon, 22, Tavistock Street Covent Garden W.C.

MADRID El Correo de la Moda D. M. Grassi

BARRO DE LA MODA

1



2

